

GABRIEL MARCEL

**EN CAMINO**  
**¿HACIA QUÉ DESPERTAR?**

AUTOBIOGRAFÍA

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2012

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Traducción, presentación y estudio conclusivo de Juan Padilla Moreno.

Título del original francés: *En chemin, vers quel éveil?*

© Editions Gallimard 1971

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2004

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1791-8

Depósito legal: S. 158-2012

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

# PRESENTACIÓN

Juan Padilla

La obra que aquí se edita se publicó en París en 1971, dos años antes de la muerte de Gabriel Marcel. Nunca hasta ahora se había traducido al español. Incluso en Francia no ha vuelto a reeditarse. Es, pues, una obra relativamente desconocida. Y por su propósito, hechura y destino, ciertamente singular.

Se trata, como declara expresamente el subtítulo agregado a esta edición española, de una autobiografía; escrita por su autor en la recta final de una larga vida. Los motivos que pueden impulsar a un hombre a escribir la historia de su vida son múltiples: la vanidad, la generosidad, el testimonio... En el caso de Marcel, cuya obra entera es existencial, testimonial, podría parecer superfluo el recurso final a la autobiografía. Prácticamente todas sus experiencias vitales están ya en efecto recogidas en sus obras teatrales, filosóficas, musicales. En 1971 lo que tenía que decir ya lo ha dicho. ¿Por qué escribe entonces su autobiografía? Justamente para que se entienda su obra, en función de ella.

Pero entre 1971 y la actualidad se ha producido un cambio importante, del que es signo el destino mismo del libro. La obra de Marcel ha pasado en estos cuarenta años de la notoriedad al olvido. ¿Por qué este libro no se ha vuelto a editar en Francia y apenas se ha traducido? Porque justo en el momento en que apareció se estaba produciendo un cambio generacional, del que es expresión el mayo del 68 y que supuso el eclipse de Marcel y lo que este representaba. Mientras ascendía la estrella de Sartre en medio de una constelación marxista, la de Marcel se encaminaba rápidamente hacia su declinar. El resultado es que hoy, aunque su nombre haya quedado como referencia ineludible de la filosofía

(en buena medida ligado precisamente al de Sartre), la obra de Marcel es poco editada y muy escasamente conocida.

Este libro autobiográfico está escrito, sin embargo, en el supuesto de dicho conocimiento. Este «desfase», que delata mejor que nada el cambio de ciclo producido y el paso del tiempo, conlleva la existencia de un nivel de lectura vedado a cierto tipo de lector (el no familiarizado con su obra) y solo accesible al *connaisseur*. Pero el libro tiene otras claves y muy diversos niveles de lectura. Es por ejemplo una buena introducción (casi diría una exhortación) a su obra; es un excelente testimonio histórico: de una época, de una clase social y un mundo en buena medida periclitados, de la situación espiritual vivida durante la primera y la segunda guerras mundiales; es, en fin, una conmovedora confesión humana y un testimonio espiritual de una sinceridad y una delicadeza poco habituales.

Con sus limitaciones sin duda, Marcel es un hombre sabio y honesto, con una vida de pensador apasionada y apasionante. Es además y sobre todo un hombre veraz. Y en este libro se trasluce de la primera a la última página.

La figura filosófica de Marcel resulta inclasificable, lo cual no significa, por supuesto, que no se le haya clasificado, por lo pronto como «existencialista cristiano». Su forma de pensamiento es a menudo desconcertante, asistemática, inconcluyente; con una propensión a la digresión, el meandro y la interrogación que puede resultar irritante. Y sin embargo...

Existen altas probabilidades de que este libro abra a los lectores el apetito.

EN CAMINO  
¿HACIA QUÉ DESPERTAR?

A Siegfried Foëlz,  
para sellar un encuentro inolvidable  
(Dresde, abril 1969)  
y al padre Marcel Belay,  
cuya comprensión  
solo es comparable a su caridad,  
su amigo, Gabriel Marcel.

## ADVERTENCIA

Esta misma mañana he dictado las últimas líneas de esta obra y he aquí que me siento obligado a escribir sin dilación una advertencia destinada ante todo, sin duda, a mis familiares cercanos y amigos que no aparecen mencionados en este libro. Que en modo alguno saquen de este silencio ninguna conclusión respecto a mis sentimientos hacia ellos. Hay muchos por los que siento un gran afecto, a veces incluso verdadera ternura.

Pero la verdad es que no he querido escribir mis memorias. En cualquier caso, no habría sido capaz. Desgraciadamente, carezco por completo de las preciosas dotes del memorialista. Por ejemplo, habría fracasado de manera patética si hubiera intentado trazar el retrato de aquellos a quienes mejor he conocido y a quienes más he amado.

Si algo suyo ha pasado a mi obra ha sido de la manera más indirecta y menos discernible a través de mis personajes.

El título mismo de este escrito precisa su carácter: he tratado de aclarar, en la medida de lo posible, el sentido de mi caminar; si se quiere, de mi vocación. Si he creído mi deber aventurarme en el intento ha sido, ante todo, por el carácter aparentemente híbrido de mi obra. La experiencia me ha mostrado muchas veces la dificultad que encuentran los comentaristas para entender.

He querido, además, reaccionar ante la tendencia, constatada en demasiadas ocasiones, a destemporalizar dicha obra; es decir, a sacarla del contexto de los acontecimientos. Me ha parecido indispensable restablecer tal contexto; sin renunciar por ello, desde luego, a poner el acento en la llamada de lo trascendente, que creo haber percibido desde la infancia a través de un duelo prematuro, pero también por la gracia previniente de la música.

Tal cual, con sus estancamientos, sus repeticiones, sus omisiones a menudo involuntarias y ciertas promesas olvidadas por el camino, este libro es con toda evidencia imperfecto, y no podía sin duda dejar de serlo ya que mi vista, muy deficiente, me ha puesto en la penosa necesidad de dictarlo por entero.

Querría por lo menos que se sintiera que está vuelto hacia el otro, hacia el hermano desconocido al que me confío con mis incertidumbres y mis lágrimas, pero también con esa esperanza invencible, ese impulso de todo mi ser ¿hacia qué luz?, ¿hacia qué despertar?

10 de febrero de 1971



Un hombre, llegado a la fase terminal de su existencia terrena, trata de pensar en su vida; y eso significa en primer lugar que toma distancia respecto de ella; sin ese distanciamiento, ¿cómo podría pensar en ella? Pero al mismo tiempo se pregunta por este acto, lo que quiere decir que se pregunta cómo es este posible. ¿Puede de verdad desprenderse suficientemente de su vida para considerarla, incluso juzgarla? ¿No ha de temer más bien ser prisionero de una ilusión, dado que este mismo acto de distanciamiento forma en cierto modo parte de su vida?

Estas mismas preguntas me las planteé explícitamente, hace unos veinticinco años, en las lecciones de Aberdeen, aparecidas con el título de *Le mystère de l'être*. Pero veo claramente que estos cuestionamientos se desarrollaban *a partir de mi experiencia* y no, propiamente hablando, a propósito de ella.

Esto, por lo demás, resulta tanto más comprensible cuanto que, por aquel entonces, no tenía conciencia de haber entrado todavía en lo que he llamado la fase terminal de mi propia existencia. Hoy es distinto.

Observo, por otro lado, que esta cuestión de la relación de un ser con su propia vida me había surgido mucho antes, en el registro dramático. Es en efecto la que planteaba Geneviève Forgue a Christiane Chesnay, la heroína de *Le monde cassé*, en el cuarto acto de la obra.

En virtud de la autoridad de la que se siente como investida misteriosamente por su hermano dom Maurice, que acaba de morir en una abadía benedictina, Geneviève plantea a Christiane la siguiente pregunta: «¿No siente usted que toda una parte de usted

misma, la más valiosa, la única valiosa... su alma... ha impregnado su vida?». Y Christiane contesta: «No, ella no. Su caricatura. Una falsa caridad que no me ha dictado sino mentiras».

Así, como tan a menudo en mi obra, bajo la presión de una situación dramática y por mediación de personajes con los que ciertamente no me confundía, pero que estaban como irrigados por una savia que emanaba de lo más profundo de mí mismo, me hacía esta pregunta que no debía articularse filosóficamente sino mucho más tarde: ¿un ser se confunde con su vida?; y si no son idénticos, ¿cuáles son las relaciones que los unen? Hoy, en esta hora que puedo llamar vespertina, es a *mi vida* a la que me dirijo para hacerle esta pregunta, sin ver aún claramente qué respuesta podrá darme. Me embarco pues en este libro como en una aventura cuyo resultado me parece incierto.

Mi vida: caigo en la cuenta de pronto de que el sentido de estas palabras no es claro.

Reflexionando a partir de estas dos palabras, «mi vida», me topo enseguida con una antinomia.

Hay un sentido en el que se puede decir con verdad que toda vida puede contarse. Y hay otro, más profundo, en el que hay que afirmar por el contrario que una vida no se cuenta.

¿Cómo dar razón de esta contradicción? Sin duda reconociendo la ambigüedad del término «vida». En el primer sentido me refiero a una cronología: nací en tal lugar, en tal fecha, de tales padres; estudié en tal instituto, luego en tal facultad, etc. Dar esta información a un entrevistador o como respuesta a un cuestionario es hablar de mí como de cualquier otro. Apenas es necesario decir o recordar que en nuestro mundo este aspecto va siendo predominante. Se nos asegura que cada uno de nosotros, en un plazo de tiempo previsible, tendrá su sustituto en forma de ficha o tarjeta perforada.

Pero no es menos claro que, de lo hondo de nuestro propio yo, se eleva una protesta irreprimible contra esta sustitución o, más exactamente, contra esta pretendida equivalencia. Sin poder quizá justificar inmediatamente esta negativa, nos negamos a que nuestra vida pueda ponerse en fichas; y eso es lo que quiero decir cuando afirmo que una vida no se cuenta. ¿Qué significa

esto sino que en la vida *vivida* hay algo que no se deja reducir a datos colocados unos detrás de otros?

Hay que señalar, por lo demás, que el hecho de contar no se reduce al mero relato cronológico. Podría decirse que contar no es solo relatar. De lo contrario no se explicaría que ciertos seres posean una facultad narrativa de la que otros están rigurosamente desprovistos. Contar la propia vida no es por tanto simplemente relatar una serie de circunstancias que se han sucedido históricamente.

Pero personalmente, cuando hace algún tiempo tuve que redactar una autobiografía para el volumen dedicado a mí en los EE.UU., en la colección «Living philosophers», me topé con una dificultad de la que no creo realmente haber salido airoso: se trataba en efecto de ofrecer a los lectores un conjunto de referencias cronológicas, pero yo sentía que esto era insuficiente, y que hubiera sido necesario poder convertirme en cierto modo en el novelista de mí mismo; sin entregarme, por supuesto, a ningún tipo de fabulación. Las palabras de Goethe, *Wahrheit und Dichtung*, «verdad y poesía», deben aplicarse a toda autobiografía digna de tal nombre. Pero es justamente ese elemento poético el que no fui capaz de introducir en dicho trabajo, cuyo único mérito está en ser honesto.

No puedo, por lo demás, pretender colmar aquí esta laguna. Debo reconocer, por el contrario, que soy absolutamente incapaz de escribir esa especie de *historia verdadera*. No obstante, los que más adelante quieran interesarse por lo que fui tendrán que encontrar numerosas indicaciones en mi obra dramática y realizar en algunos de mis personajes una especie de análisis radioscópico que les permitirá, pienso, discernir, más allá de todo lo que pertenece al orden de lo consignable, algo de lo que fue mi vida; quizá habría que añadir: en la juntura de mi ser.

Convendrá, por lo demás, en semejante estudio proceder con extrema prudencia. Pondré un ejemplo que me parece particularmente significativo. El de Daniel Meyrieux en *Le coeur des autres*. Se trata de un autor dramático. ¿Puedo decir verdaderamente que soy yo en cuanto dramaturgo? Pienso que sería del todo inexacto afirmarlo. Lo que es verdad es que, en esta obra de

teatro, he tratado de fijar los rasgos del hombre en el que correría el riesgo de convertirme si mi creación dramática se desarrollara en una cierta dirección. Y más esencialmente aún, he querido marcar con la mayor intensidad posible aquello en lo que, por lo mismo, correrían el riesgo de convertirse las relaciones con mi mujer. Pienso que ella, en cierta medida, se reconoció en el personaje de Rose Meyrieux, que encontró en esta figura, para mí particularmente querida, esa alianza de cierto pudor, cierta delicadeza y notable agudeza en la mirada que había en ella. En esta obra, a ese *yo* posible no lo he tratado ciertamente con miramientos; al contrario. Creo que se estará en general de acuerdo en que lo he avasallado haciéndolo en verdad odioso, en particular en sus relaciones con Jean, su hijo natural, que Rose presionará para que sea acogido tras la muerte de su madre en casa de ambos.

Conviene quizá añadir algo de lo que no estoy tan seguro: cuando escribí en Sens *Le coeur des autres* quizá pensaba más o menos confusamente que mi mujer y yo acabaríamos un día adoptando un hijo. Pero aquí no bastaría hablar de transposición, la transformación era radical, puesto que no tenía ningún hijo natural que un día pudiéramos cuestionarnos acoger.

*Le coeur des autres*, que fue representada en 1921 en el teatro Montmartre y que nunca se ha reestrenado, es sin duda entre mis obras de teatro una de las que menos se han estudiado. Creo, sin embargo, que es, si no una de las mejores, al menos una de las más significativas para quien se esfuerce en descubrir el lugar de enraizamiento de la creación dramática en la vida. Forma parte del conjunto de obras que escribí durante los tres años que pasamos en Sens, en los que la enseñanza me dejaba mucho tiempo libre, dado que mi clase de filosofía en el instituto contaba con muy pocos alumnos. Tengo que recordar aquí que Robert Brasillach era entonces alumno mío, no en filosofía, sino en cuarto y en tercero, en esas clases de moral bastante absurdas (una hora por semana) que, si no me equivoco, habían de suprimirse unos años más tarde.

Conocimos allí, mi mujer y yo, durante esos años, uno de los períodos felices de nuestra vida.